

(EL APOLO DE BELVEDERE.)

EL APOLO DE BELVEDERE.

Entre todas las producciones antiguas del arte que se han escapado de la destrucción y el poder del tiempo, la estatua de Apolo es una de las mas célebres y sublimes. Fue descubierta en Antium, ciudad llamada en el dia *Porto d' Anzio*, donde nació Nerón, que quiso adornar el lugar de su cuna con todos los mas bellos monumentos de la Grecia. En consecuencia hizo despojar los templos griegos, y sobre todo el de Delfos, de sus mas hermosas estatuas, y por esto se cree que la de Apolo llegase á estar en Antium.

Se ignora el nombre del artista que la hizo y la época en que floreció; y se ha llamado á esta estatua *el Apolo de Belvedere*, porque estaba colocada en el patio del Belvedere en el Vaticano.

Winkelmann ha hecho en su *Historia del arte* una descripción de esta estatua muy poética y llena de entusiasmo, en la cual demuestra todas sus bellezas.

«La estatua del Dios, dice, es de mayor tamaño que el natural, y su actitud respira magestad. Una primavera eterna, tal como la que reina en los afortunados campos Eliseos, reviste de amable juventud todo el conjunto de su cuerpo y brilla suavemente en la robusta estructura de sus miembros. Acaba de perseguir á Python, contra la que ha vandeado por primera vez su arco terrible, y en su rápida carrera la ha dado el golpe mortal. Penetrando en medio de su gozo sus augustas miradas en lo infinito, se estienden mucho mas allá de su victoria. El desprecio reposa en sus labios, la indignación que respira hinchaba sus narices y sube hasta sus cejas; pero en su frente está grabada una paz inalterable, y sus ojos tienen la misma apacibilidad que si estuviera en medio de las Musas, afanadas en prodigarle sus caricias...»

El Apolo de Belvedere compuso parte de los trofeos de Bonaparte en Italia, y estuvo en el Museo de París hasta la invasión extranjera, que en 1815 recobró todas aquellas obras maestras, y fue restituido juntamente con otras á Roma.

APUNTES DE UN VIAJERO.

I.

El 28 de agosto de 1850 ancló en la bahía de Valparaiso, puerto principal de la república de Chile, la fragata francesa *Mariana Isabel*. De los diez y ocho pasajeros que llevaba á su bordo solo dos éramos españoles: el doctor *Valderrama* y yo. Efecto de las erróneas creencias que vulgarmente se propagan en todos los países hablando de regiones estrañas, tanto mis compañeros de viaje como yo, creímos de buena fe que la calidad de españoles nos perjudicaría sobremedura en América á *Valderrama* y á mí, por lo cual resolvimos hacer que nos creyesen franceses, cosa que nos prometíamos alcanzar fácilmente. La casualidad, ~~compro~~ descubrió la verdad, y mas tarde tuvimos que dar gracias á la suerte de que nos evitase negar una patria tan querida cuanto desgraciada. Con una sencillez estraña contesté á uno de los que fueron á visitar la fragata y preguntó si habia á bordo algun gallego, que era yo natural de la Coruña. Lejos de

ser mal acogida de los americanos mi contestacion, me ganó sus obsesivos ofrecimientos, lo cual me estimuló á convencerme con el dictado de español.

No se pasó una hora despues de la visita sin que mi compañero y yo fuésemos á tierra, y no fue pequeño nuestro asombro al ver en la playa infinidad de esclavos que iban de parte de sus amitas á buscarlos para que fuésemos á hospedarlos en sus casas. Quien de aquellos siervos nos pintaba el solariego origen de la casa de sus señoras, quien el recuerdo venturoso que conservaba su ama de los nobles españoles, quien en fin nos habló de la magnífica librea que tenia cuando su señor vestia el rico uniforme de gentil hombre, adornado con la éz de Calatrava. Imposible era elegir entre tan gratuito y simpático ofrecimiento, por lo cual resolvimos no aceptar ninguno. Tuve yo no obstante la precaucion de anotar en una cartera el nombre de todas aquellas señoras hospitalarias con el ánimo de ir las á dar las gracias por su generosa acogida. Tan luego como llegué á casa del comerciante para quien llevaba cartas de recomendacion y crédito, me apresuré á indagar quienes fuesen las personas que, tan sin conocernos, ofrecian su casa solo á dos de 18 pasajeros, precisamente los que menos esperanza teníamos de ser bien acogidos. Eran respetables viudas de honrados españoles atropellados por el carro de la revolucion; vestigios nobles de nuestro antiguo poderío en aquellas comarcas, en cuyo suelo se ha engendrado una guerra civil continua que la despuebla de día en día. Supe que algunas de aquellas señoras tenían hijas muy lindas, y esta circunstancia realzaba no poco su mérito á mis évidos ojos de diez y siete años. Una de las personas de mas consideracion para mí bajo este punto de vista era la señora de *Acebedo*, madre de tres hermosas niñas, de 16 años la menor, y la mayor de 18. Escitó tambien y no poco mi curiosidad el saber que la mayor de estas tres holdades, por achaque de amores desgraciados, vivia en el mas completo retiro hacia cerea de un año, sin que ni las persuasiones de su familia, ni los deseos de toda la poblacion pudiesen llevarla de vez en cuando ni á paseo, ni á tertulia. Por fin su belleza era como la de la perla que salca dando tumbos las amargas costas del Nicaragua.

Fue, pues, la casa de esta señora la primera que visité, y cierto que solo eché de menos en ella la presencia de la misteriosa y desconsolada *Clara*. Imposible me fue el verla por mas esfuerzos que para lograrlo hice. —Sus hermanos no obstante á quienes solia ver en los numerosos bailes y banquetes con que en aquel pais agasajador fui festejado, me ofrecieron recabar de ella que asistiese á una reunion que en su casa se tendria.

Uno de los primeros dias del mes de octubre me anunció el capitán de la fragata que, si el viento no se oponia á ello, á la madrugada del siguiente dia daríamos á la vela para Cobija, Arica y demas puertos intermedios hasta la república del centro á que nos dirijiamos. Con amargura recibí esta noticia, pero templó aquella el saber que aquella noche habia baile en casa de la señora de *Acebedo*, al cual asistiria la hermosa y tan ponderada *Clara*.

En efecto, no fui burlado en esta esperanza; *Clara* estaba en el baile.—Jamás habia yo visto belleza de aquella naturaleza; era preciso ser mas ó menos que hombre para verla sin proreumpir dentro del corazón en un grito de aclamacion y de culto. Su pálido semblante revelaba un corazón forjado por el amor; y sus lánguidos ojos una alma de esas que son mas bien pielagos que naves de ternura, que reciben y dejan sulcar en sí la pasion ajena.—Vagaba por sus labios rosados una tímida sonrisa que descubria la resignacion de un padecimiento continuo. Hasta su airoso y blanco ropage abogaba por aquella

virgen tan pura, é imploraba esa compasion muda que quiere que nos respeten, no que nos consuelen.

Estatica permanecia yo en mi asiento contemplando aquel angelico rostro cuando sirvieron los helados. Es costumbre en esta parte de America que las jóvenes se valgan de todos sus inocentes y multiples recursos para agasajar á los forasteros, y uno de ellos es en los bailes el de levantarse de sus asientos y ofrecer á los recién llegados sorbetes y bebidas de que ellas toman la última legada. Acostumbrado estaba yo á esta noble y hospitalaria costumbre á la cual estaba seguro que no faltarian personas tan bien educadas como las que componian la interesante familia de Acabedo; alguna vez como por insistencia me habia halagado la esperanza de ser objeto de tan delicada atencion de parte de la linda Clara; pero pocas sorpresas he tenido ni espero tener mas dulces que la que experimenté cuando vi acercarse á mí á esta celestial virgen ofreciéndome con un semblante pacifico y bondadoso una copa de sorbete. Yo no sé de que términos usé para expresar mi gratitud y mi entusiasmo. Pero recuerdo perfectamente la última frase que dije. — Nuestros abuelos, exclamé, no han venido á estas regiones tan encantadoras costumbres; es claro, pues, que son herencia de los caciques. Apenas habia pronunciado esta última espression, cuando noté no sin gran sorpresa que el rostro de Clara se iluminó de alegría, y sus labios pronunciaron, con el acento del júbilo, espressiones de contento. Mucho mas que esto me sorprendió todavía el ver que concluido el sorbete, usado de una familiaridad y abandono lleno de encantos mis ojos, se sentó Clara á mi lado, prosiguiendo una conversacion que se habia empezado con la palabra *cacique*.

Frescas conservaba todavía en mi imaginacion las ideas que habia recibido acerca de los indios en diferentes obras que habia leído en la navegacion, y así fue que con facilidad me estendi en pintar las costumbres de los primitivos habitantes de aquellas partes. Oíame ella con visible muestra de atencion, y mucho llamó en el salon la atencion aquella feliz mudanza que yo acababa de efectuar en la joven desconsolada. Yo mismo me daba el parabién por tan dichoso triunfo, y solo me afligía de vez en cuando la idea de que en breves horas tendria que embarcarme. Tocaron unas cuadrillas, y ofrecí mi mano á Clara; un murmullo de asombro se esparció por la sala al ver que Clara no se negó á bailar. Creció mi orgullo con tan alta prueba de distincion, y estaba ya á punto de proferir en amorosos ofrecimientos con ella, cuando con un tono lleno de interes me dijo: pero V. se da á la vela mañana para Arica; no es cierto? — Así lo habia pensado le respondí; pero no habia entonces visto á V. todavía, ahora estoy á punto de cambiar de parecer. — No, por Dios, no, me contestó; váyase V., váyase V., yo se lo ruego. — Tanto empeño tiene V. en que yo me vaya! — Si, lo tengo. —

No me atreví á continuar en conversacion enojosa, pero no podia yo concebir como una persona á quien tanto habia animado mi trato, que tan evidentes señales me acababa de dar de distincion, podía desear que yo me separase de su lado, podía tener empeño en alejarme de él. A pesar de la fria contemplacion en que tan extraña conducta me hizo caer, Clara siguió mostrándose conmigo muy obsequiosa. Era la una de la noche y algunas respetables madres de familia empezaron á despedirse. Entonces Clara se quedó pensativa, y una palidez natural cubrió su lindo rostro. Quería hablar y no podia, callaba, y no podia menos de hacer esfuerzos para hablar. Por fin, violentándose de un modo visible me dijo en tono solemne y misterioso. «En el patio de esta casa hay una puerta verde, conduce á un jardin; al fin de una alameda de

tilos hay un frondoso cenador. Figure V. el retirarse, y espéreme al fin de la alameda. No estará V. en ella solo mucho rato.» —

Sin decir una palabra me levanté, y lleno de confusas imágenes, hiriendo en deseos de aclarar aquel enigma, sali del salon. Mi primera intencion fue la de ir á avisar al capitán de la fragata Mariana Isabel que pensaba permanecer mas tiempo en Valparaiso, pero me reservé á dar este paso para cuando hubiese hablado con Clara. No tardó esta en efecto mucho rato en venir al cenador en que yo la esperaba. Al verla, tuve que hacer un violento esfuerzo para no arrojarle á sus pies y besarlos de gratitud; pero yo no debia hacerlo, debia saber que estraña fortuna llevaba á aquel sitio á una bella joven tan pudorosa y recatada. Iba á decirle alguna espression de gratitud, cuando imponiéndome silencio, me dijo.

— No me juegue V. sin oírme. V. es ó el mas hipócrita de los mortales ó el mejor de todos. Por eso le voy á descubrir mi corazón; si V. no lo comprende y me calumnia, será uno mas, y si por el contrario, V. me ofrece su proteccion, le deberé tal vez el único consuelo que me queda en la vida. — Yo he amado mucho á un hombre, á el solo amo, y pido á Dios que me avante la vida primero que su imagen de mi corazón. Si es una locura no quiero estar cuerda; si una enfermedad, no quiero salud. Llámase mi amado *Manquichua*, y es descendiente de uno de los principales caciques peruanos, el que debería suceder al inca Atahualpa. Mi madre recordaba la preocupacion de sus nobles mayores que creia que un indio era un hombre porque lo habia así declarado el papa pero indigno de casarse con una familia de ilustre nombre. Manquichua se decidió á pedir mi mano; aunque no sin esfuerzo, y no solo no la obtuvo sino que se oyó llamar *indio* por mi madre. Indio sí, contestó mi amado, pero mis antepasados cñieron una corona á su frente. — Pues bien, dijo mi madre burlándose, recóbrala V. y desde luego le otorgo la mano de mi hijo. — Señora, contestó Manquichua con altivez, la recobraré. — Esta palabra dicha con indiscrecion es el origen de todos mis infortunios. Despertó en mi amado el antiguo patriotismo, y codicioso de obtener una corona porque ella sola le podía proporcionar mi mano, que yo no daría á nadie en el mundo por mucho amor que le tuviese envenenando los dias breves que quedan á mi madre, formó un plan vilesado que lo debia subir al trono de Manco-Capac. Recordó que á poca distancia de Arica, en la república del Perú, existe una magnífica cueva que es principio de un inmenso subterráneo abierto segun contaba la tradicion para llevar el pescado fresco al Ynca que moraba en el Cuzco. Creyó que allí podia ocultar á sus parciales, hasta que en número bastante considerable pudiesen salir á conquistar el país. Hacia un año, continuó sollozando la bella Clara, que Manquichua salió de Valparaiso, y nadie ha vuelto á saber de él. —

Figurese V., generoso joven, cual será mi dolor: amar con tanto delirio, y no saber qué es de la vida del objeto á quien tanto amo. Si abriga V. un corazón noble, daclase V. de mi abieccion y averigüe V. el paradero de mi amado. — Ah! me volveria V. la vida, si le hiciera saber de mí á él, y de él á mí. ¡Nos amamos tanto! Tiene un caracter tan noble, tan cariñoso!... Por Dios, no rechace la súplica de una infeliz. —

Esta sencilla narracion me conmovió, y ofrecí, con deseos firmes de no faltar á mi palabra, de indagar por cuantos medios pudiese el paradero del indio para dar de ello cuenta á Clara: así se concluyó una entrevista, de que yo me habia formado bien distinta idea, pero que no podia ser mas agradable para mí, pues que me ponía en el caso de ser tal vez útil á una mujer desventurada.

II.

La fragata *Maria Ana Isabel* á los cuatro días de dar-
se á la vela de Valparaiso arribó á Cobija ó la Mar, úni-
co puerto á la sazón de la república de Bolivia. Pocos
días permanecimos en esta pacífico y desagradable pobla-
cion habiendo contribuido á acelerar nuestra salida para
Arica, la prisa que yo daba al capitán, quien por moti-
vos que no es del caso detallar, me guardaba mucha
consideración.—El 30 de octubre á las diez de la mañana
anclamos delante de Arica, y dos horas despues ya estaba
yo en tierra indagando el camino que conducía á la gruta
de que tenia noticia. En efecto, no tardé mucho en saber-
lo, y provisto de una linterna y chismes de encender me
preparé á penetrar en el misterioso subterráneo, el cual
según oí asegurar á las gentes del país habia llegado has-
ta el Cuzco y servia para llevar los pescados á los Incas.

Realmente es prodigiosa esta gruta, y grande sería
mi deseo de dar algunas noticias de ella, si no temiese
alargar demasiado la narracion que es objeto de este ar-
tículo destinado á un periódico. A una gran elevacion
subiendo por una roca escarpada cuyos escalones desigua-
les son de granito, se encuentra una abertura inmensa
que no parece trabajada sino por la naturaleza. Penetra-
do en la gruta, la imaginacion se queda suspensa al con-
siderar los diferentes caprichos naturales que forman las
piedras de mil colores del subterráneo, la magestuosa to-
chambre que lo cubre y la forma circular que lo rodea.
Recorrí la gruta con suma atencion y al fin de ella en la
oscuridad encontré el principio de una galeria en que pe-
netré. Estrechabase esta por momentos, y tanto se estre-
chaba que no anduve muchos pasos sin encontrarme en
sitio por donde mi cuerpo no podría ya pasar sin esfuer-
zo muy violento. A la luz de la linterna descubrí que si
bien era larga todavía aquel corredor era imposible que
un mortal penetrase en él. En lo mas angosto de él pu-
de descubrir con esfuerzo un letrero en la pared; y
grande fue mi asombro al leer escrito allí este nombre:
Manquichua. A quello me revelaba que el hombre á quien
buscaba habia estado allí, pero que no habia podido con-
tinuar sus indagaciones.—Recorrí de nuevo la gruta y
nada pude encontrar. No solo no ví señales de nueva gale-
ria sino que ni descubrí indicios de que ningun ser hu-
mano habiese penetrado allí hacia mucho tiempo. Resolví
pues retirarme. Vanas fueron las mil preguntas que hice
á los habitantes de aquellos alrededores; nadie sabia na-
da ni habia jamás oido hablar de *Manquichua*.

Pocos días antes de levar ancla de aquel puerto, se
me ocurrió ir á casa á alguna distancia del puerto. El calor
era insuportable, y cuando habia andado dos leguas,
me sentí de tal modo acosado de él que subí á una altura
para buscar un abrigo contra el sol ardiente. Descubrí
un pequeño bosque á no larga distancia y á él me diri-
jé. Poco me habia internado, y acababa apenas de atar
mi caballo á un árbol, cuando divisé á corta distancia algu-
nas al parecer cosas ó montones de objetos que no distin-
guí. Dirijíme á ellos con curioso paso, apercibi algunos
huesos de balena tendidos por el suelo y pieles de lobos
marinos esparcidas. No era difícil conocer que eran tien-
das destruidas hacia tiempo. Recorrí aquellos alrededores
con suma cuidado, y en el nicho de un árbol vi una
baja puesta al parecer con sumo misterio. Me apoderé de
ella, y encontré dentro algunos cordones de seda anada-
dos en forma de *quipos*, un brazaete, insignia de cací-
que indio, y un retrato de mujer. El retrato era de...
Clara, y no sin uso otro conocí que aquella caja habia
pertenecido á *Manquichua*.

Volví á Arica y lo único que pude averiguar es
que hacia un año se habia descubierto una guarida
de malhechores hacia el sitio que yo designaba, pe-
ro nada sabia ni quienes eran, ni que habia hecho de
ellos la justicia. No dudé quienes fueran los malhe-
chores, y aunque con dolor de no tener mejores no-
ticias que darte, escribí á Clara, dándole cuenta de los
pasos que habia dado y ofreciéndole no desconfiar en
averiguar todo lo que á mis alcances estuviera. Entregué
al comandante de un buque de guerra que iba á Valpa-
raiso la carta y la caja, encargándole que entregase todo
con sumo recato á la desgraciada Clara. En el mes de
diciembre fui á Lima, poblacion tan llena de encantos,
que me hizo olvidar que debia ir á Guatemala, y en
la cual determiné fijarme por algun tiempo. A pesar
de hacer todo lo posible por averiguar el paradero de
Manquichua nada pude adelantar, razon por la cual es-
cribí rara vez á la pobre Clara, que no perdía ocasion
de rogarme que no la olvidase, como si en mi solo estu-
viese el que *Manquichua* pareciese.

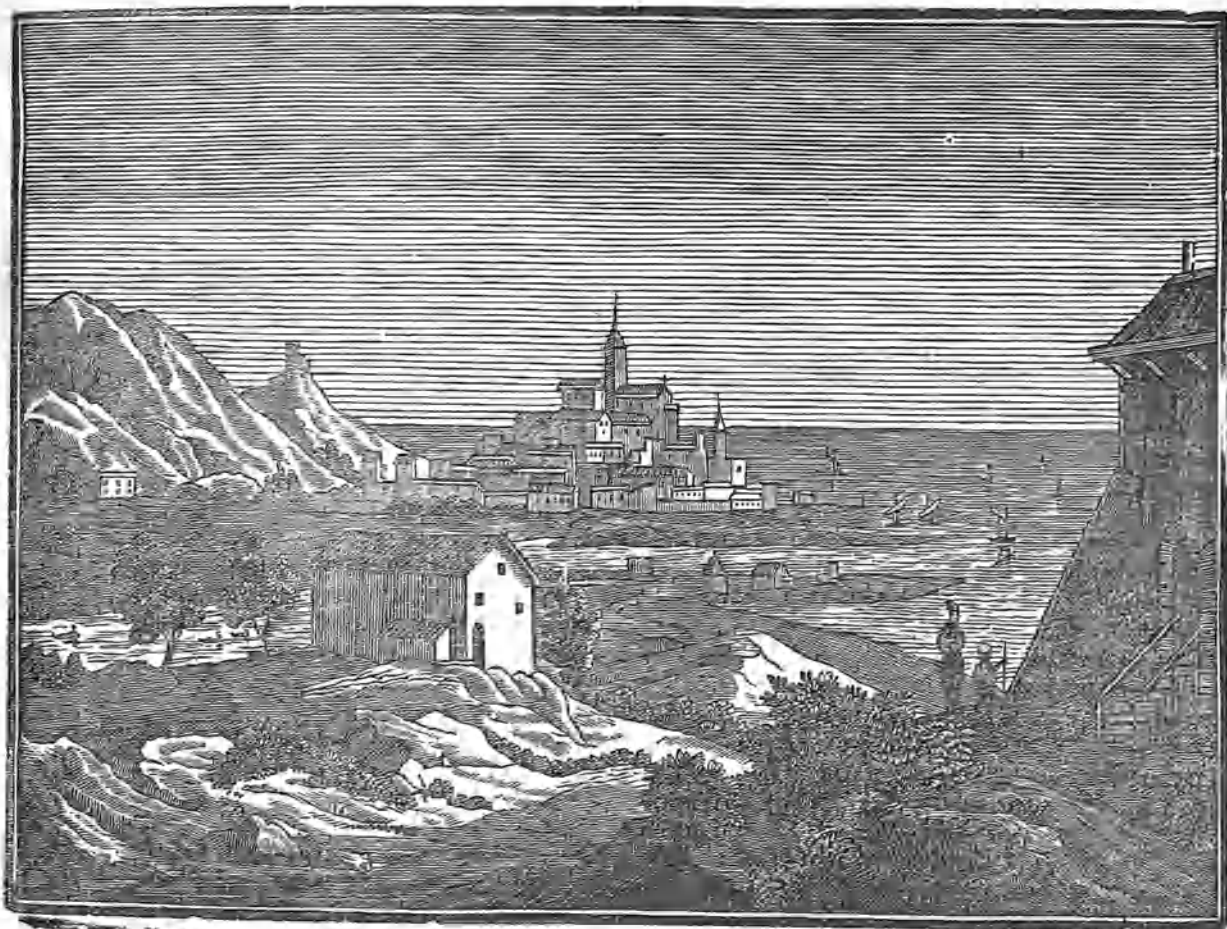
Seis meses hacia que estaba yo en Lima, cuando tu-
ve la desgracia de perder á un amigo en cuya casa vivia,
llamado *Templeman*. Era inglés y protestante, y los pe-
runos están poco adelantados en materias de tolerancia,
por lo cual está prohibida que los cadáveres de los no
católicos se entierren en el continente. Es fuerza pues
llevarlos á una isla vecina, llamada de *S. Lorenzo*, que
sirve de presidio para ladrones y asesinos. Tuvimos que
conformarnos dolorosamente á esta dura ley, y una ma-
ñana infinidad de amigos del difunto acompañamos su
cadáver al Callao, en cuyo punto nos embarcamos para
la isla. Durante la lectura sagrada que hizo un comercian-
te inglés, por falta de ministro protestante, los presida-
rios que no á mucha distancia se veían, se reían estúpida-
mente de las ceremonias de los que ellos llamaban *judíos*.
Es tal la preocupacion de estos hombres, que á ve-
ces han representado que si eran salvados se los casti-
gase hasta con el último suplicio, pero que no se les obli-
gase á vivir con los cadáveres de unos perros hereses. La
ceremonia hubiera sido interrumpida por aquella profa-
nacion, si uno de los presidarios hombre alto y de ros-
tro imponente, no hubiese con un voz contenida á los
demas. Aquel hombre que tanto dominio parecia tener
sobre los demas, tenia esposas en los manos, y cuando
hubimos dejado los restos mortales del Sr. *Templeman*
en la sepultura, nos dirijimos á saber quien fuera. Mi
asombro solo se pudo igualar á mi alegría cuando supe
que era *Manquichua*. Delicioso fue el rato que le pro-
porcioné hablándole de su amada y contándole su extra-
ña fidelidad. Prometle hacer cuanto estuviese de mi par-
te por él, y le di al momento una prueba, invitándole
con el gobernador de la isla para que le permitiese es-
cribir una carta á Clara. Me encargué de enviarla, y
efectivamente lo verifiqué así, al llegar al Callao, inclu-
yéndole de paso una misa. Tan luego como regresé á Li-
ma la primer persona á quien visité fue á mi íntimo ami-
go y compañero de navegacion *D. Manuel Lorenzo Vi-
durre*, que era á la sazón primer ministro de la repú-
blica. Pedile con la mayor eficacia en premio de los mu-
chos días que habia pasado á su lado leyéndole las vidas
de hombres célebres de Plutarco, que pasiese á *Manqui-
chua* en libertad, conmutándole la pena de presidio en
la de destierro de la república, que es pena mayor en
aquella legislacion. Me dió su palabra de caballero de ha-
cerlo así, pero me rogó á la vez que esperase no se que
festividad inmediata, en la que se hacia gracia á algunos
malhechores, de los cuales sería el primero mi recomen-
dado.

III.

Pocos dias despues de este suceso, sobrevino una de esas evoluciones tan continuas en aquellas comarcas, y en las cuales, sin saber como, se hallan siempre comprometidas personas muy inocentes. En esta de que voy hablando se vió envuelto un jóven amigo que pudo escaparse y esconderse en un maizal entre Miraflores y el Callao. Por un negro que pasó por aquellos sitios me envió un recado, y poco tardé en ir á verlo. Pasé inmediatamente el Callao, y hablé con el comandante de un buque de guerra de los Estados Unidos, quien accedió con generosidad á mi indicacion, ofreciéndome salir al anochecer del puerto, ponerse en facha á pocas millas del Callao, y aconsejándome que saliese yo con mi amigo de Chonillos en un bote y le llevase á bordo. En efecto así lo hice, y apenas se subió algo la noche, mi amigo y yo pusimos la proa del bote que remamos al buque que divisábamos en facha esperándonos. A poca distancia divisamos una

balsa formada de dos pellejos de lobo marino hinchado que salia de la *isla de S. Lorenzo*, llevando dos personas que remaban con una velocidad estraña. La balsa se dirijia al buque Norte-americano é iba seguido de una lancha con el gallardete peruano, pero tanto mis compañeros como yo pensamos con fundamento que no era posible que la lancha diera caza á la balsa. Apenas hubimos llegado al buque que nos esperaba, cuando vimos atracar tambien la balsa, y las dos personas que llevaba subieron precipitadamente á bordo. La que primero subió se arrojó á los pies del comandante, y le imploró que amparase á entrambos. Alzóla el comandante y con asombro y júbilo vi que era Clara, seguida de Manquichua.—En mi vida he recibido dos abrazos con mas placer que el que esperimeté cuando me estrecharon en sus brazos aquellos generosos jóvenes.—No he vuelto á saber nada de estos felices amantes, sin duda en breve venturosos esposos.

Jacinta de Salas y Quiroga.



(Isla de San Lorenzo.)

SUICIDIOS POR IMITACION.

Atribúyese generalmente á la voluntad un poder casi indefinido sobre las acciones; admitiendo que el hombre puede en todo tiempo por la fuerza sola de la conciencia

dominar las inclinaciones que le inducen á cometer esta ó la otra accion, sean las que quieran las causas esteriorres que obran sobre él. Esta ercencia se ve sin embargo contradicha por una multitud de hechos. En los ojos mas siguientes se encuentra entre dichas causas la imitacion que puede contarse como impulsiva al crimen, y ha dado

lugar á repetidos suicidios. De esto podrá sacarse la consecuencia de que los legisladores moralistas no solo deben dedicarse á encontrar razones sólidas y á dar buenos consejos, sino tambien á alejar las causas materiales, cuya influencia puede inutilizar los efectos de dichos consejos y razones.

La voluntad del hombre es fuerte sin duda alguna, pero, bajo la condicion de que no se la ponga en circunstancias demasiado poderosas para que la dominen. A menudo enseña la esperiencia á costa de algunos desengaños á calcular el valor de estas circunstancias; la razon puede preverlas y entonces le toca evitarlas.

Un soldado de un hospicio de inválidos se ahorcó de un poste, y le imitaron poco despues hasta doce camaradas suyos. El contagio fue cundiendo de modo que no cesó hasta que se arrancó el funesto poste.

Napoleon hizo quemar una garita en la que muchos soldados se habian suicidado.

Como en un regimiento que estaba de guarnicion en Malta se sucediesen los suicidios de un modo espantoso, despues de haber probado el comandante diferentes medios, resolvió negar en adelante á los suicidas la sepultura eclesiástica segun el rito cristiano, y cesó de repente el espíritu de imitacion.

Hubo tiempo en que á las mujeres de Leon de Francia acometió la manía de matarse tirándose á los pozos de dicha ciudad.

En el año de 1813 se ahorcó una mujer en Saint-Pierre-Monzo, en el Valais; otras muchas siguieron inmediatamente su ejemplo; y á no haber intervenido las autoridades civiles, hubiera podido estenderse el contagio indefinidamente.

En la academia de medicina de París M. Esquirol citó seis ejemplos de individuos atormentados del deseo de matar á sus hijos, y esto despues del crimen de la señorita Comú r.

Difícilmente se creará que haya existido en Berlin un club de suicidio destinado á propagar esta funesta manía; sin embargo el hecho es positivo. Se componia esta sociedad de seis personas que declaraban francamente la intencion que tenian de destruirse, y procuraban por todos medios hacer prosélitos. Al principio se burló todo el mundo de su locura; pero ocurrieron tres suicidios conformes á los principios de la sociedad, y al cabo todos seis acreditaron su buena fé, habiéndose quitado la vida el último en 1817.

Tambien ha existido en Londres un club de suicidio; constaba de doce individuos, y segun el reglamento debia elejirse en cada año uno que se suicidase.

¡Maldicion sobre aquellos mortales

Que cual Dioses pretenden mandar!

¿Quién al hombre le ha dado el derecho

De vender y comprar á los hombres,

Y entregando al oprobio sus nombres

Con la infamia su frente sellar?

Amo injusto, mi espalda desnuda

Tú con vara de hierro golpeas;

Y en mi amarga afliccion te recreas

Desoyendo mi trémula voz.

¿Corre, acoso, otra sangre en mis venas?

¿Soy de especie distinta y natara?

¡Es la imagen de Dios, es su hechura

La que ultrajas: oh dueño feroz!

¡Ay que suerte tan triste es la mia!

Por do quier con vergüenza me escondo;

Si me llaman, temblando respondo,

La voz siento en mi labio espirar.

Si me miran, inclino los ojos

Y los clavos humillado en la tierra,

Como el reo que un crimen aterra

Ante el juez que le va á sentenciar.

Ni de amor las preciosas caricias

No me es dado gozar. ¡Oh tristeza!

Que jamas la orgullosa belleza

Pudo amar al esclavo infeliz.

Le beldad solo al noble, al valiente,

No escasea sus dulces favores;

Como al rey de los astos las flores

No escasean su esencia y matiz.

Ved el hombre que libre se llama

Como eleva á los cielos la frente;

Como el digno entusiasmo que siente

Se refleja en su faz varonil.

Al mirarle de cólera ardiendo,

Y entre envidia luchando y enojos,

Me parece que insultan sus ojos

A mi estado abatido y servil.

Oigo al punto una voz que me grita:

«Eres hombre, eres libre, eres fuerte,

Y á quien nunca temor dió la muerte,

Nunca, nunca en cadenas gemió.

No hay ninguno que deba oprimirnos

Aunque ocupe el dosel de los reyes;

Para hacernos esclavos no hay leyes,

Libres, Dios, á los hombres creó.»

Fuego volcánico

Mi pecho inflama;

Ya no soy tímido,

Soy un león.

Dueño tiránico,

Libertad dame,

O rompo; oh pérfido!

Tu corazón.

FERNANDO CORRADE.

EL CÁNTICO DEL ESCLAVO.

Cautivo mísero

Gimo humillado,

Ni aun tristes súplicas

Puedo exhalar;

Un amo rígido,

Por cualquier culpa,

Mi sangre y lágrimas

Hace brotar,

¡Maldición sobre el fiero homicida
Que el primero humilló á sus iguales!

WATT.

MAQUINAS DE VAPOR.

James Watt, célebre ingeniero, que ha llegado á dar

á las máquinas de vapor toda su fuerza actual, nació en Greenock en Escocia en 1736, pasó á Londres á los 18 años de edad y se puso de aprendiz en casa de un famoso constructor matemático; pero al cabo de un año lo delicado de su salud le obligó á volver al seno de su familia.

Establecido poco tiempo despues en Glasgow, como ingeniero, fue llamado para consultarle sobre los trabajos importantes de canalizacion, y se adoptaron y pusieron en práctica varios de sus proyectos. Entre ellos se cuenta el del canal *caledonio* que atrabiesa de Este á Oeste la Escocia, y ha producido un ahorro considerable en los gastos de transporte. Watt fue tambien quien proyectó la union del Forth y el Clyde, emprendida y acabada en estos últimos tiempos.

En medio de esto, una de aquellas circunstancias que suelen servir tambien al ingenio, porque solo él sabe conocerlas y aprovecharse de ellas, llegó á cambiar el rumbo de sus estudios. Habiéndosele encargado reparar un modelo de una máquina de vapor hecha por Newcomen, para la instruccion de los estudiantes del colegio de Glasgow, Watt notó sus defectos procuró remediarlos, y desde entonces (año de 1764) dió principio á aquella serie de perfeccionamientos notables que introdujo en este vasto ramo mecánico.

En la máquina de Newcomen se empleaba el vapor solo para producir el vacío en un cilindro; este encerraba un embolo sujeto á una palanca que tenia un peso al extremo opuesto. Luego que el vapor se introducía en el cilindro, y cuando este subia todo cuanto debia se introducía una cantidad de agua fria que condensaba el vapor; entonces producido ya el vacío, bajaba el embolo mediante la presion de la atmósfera. El modo de hacer manobrar por la máquina misma las llaves que servian para introducir alternativamente el vapor y el agua fria le habia inventado Beighton en 1717, y en tal estado se envió á Watt el modelo de la máquina de Newcomen. Pronto conoció el hábil ingeniero que aquel mecanismo ocasionaba una gran pérdida de calor, y por lo mismo tambien de combustible, pues el cilindro se enfriaba á cada condensacion, y que la primera porcion del nuevo vapor servia solamente para dar á las superficies interiores el grado de temperatura que habian perdido con la inyeccion del agua fria. Ocurrele entonces la feliz idea de añadir al cuerpo de la bomba un tubo á donde iba el vapor despues de haber producido su efecto, y recibia la cantidad de agua fria que le condensaba, y de esta manera el cuerpo de la bomba conservaba calor. Esta ingeniosa operacion, dice M. Arago, constituye el principal título de Watt al agradecimiento de la posteridad.

Por lo dicho se ve que la fuerza atmosférica no opera útilmente sino durante el descenso del embolo; y así el efecto producido queda intermitente; en la mayor parte de los usos á que se aplica la máquina de vapor es necesario que la accion del embolo sea continua, y se

egerza así cuando sube como cuando baja. Watt consiguió este efecto suprimiendo la accion de la atmósfera, y haciendo que el vapor pasara alternativamente de los dos lados del embolo; la condensacion se opera sobre el embolo cuando el vapor debe levantarlo, y debajo de él cuando debe hacerle bajar. Esta es la que se llama máquina de *doble efecto*.

Tambien se debe á Watt la aplicacion del principio del *flador*: cuando el embolo ha llegado á las dos terceras partes de su curso se puede cerrar la comunicacion del cuerpo de la bomba con la caldera donde se produce el vapor, y por medio de la elasticidad de este termina el embolo su escursion, economizándose otro tanto como se vé. Aun hay mas: si se dejara entrar el vapor hasta el último momento, adquiriria el embolo al fin de su curso una ligereza, que detenida repentinamente conmoveria todo el aparato.

Si á los pormenores que acabamos de espresar se añade la aplicacion del *regulador de fuerza centrífuga*, y el empleo del *paralelogramo* para dirigir verticalmente la vara del embolo, se tendrán indicados los principales perfeccionamientos que ha hecho Watt en las máquinas de vapor, que son tan importantes, y han pagado de tal manera el uso de este aparato que con justicia puede Watt reclamar una parte de gloria tan grande como la de los inventores.

Costó mucho á este hábil ingeniero estender sus descubrimientos; pues era no solamente modesto sino tímido; poco comunicativo, y menos dado á la sociedad. Sin embargo encontró al doctor Roebuck, hombre instruido y de algunos bienes, y se asociaron para la ejecucion de su aparato; pero aun no estaba concluida la máquina, y empezaban á faltar ya los fondos.

Uno de los primeros manufactureros de Birmingham, Mateo Boulton, imitó y aun escedió á la generosidad de Roebuck; indemnizó á este de sus adelantamientos, atrajo á Watt á su lado, y organizó una compañía de acuerdo con el inventor. Concluyose la máquina, se convocó á sujetos competentes para que la examináran y juzgáran, y fue unánime su aprobacion. Watt y su socio se obligaron á reemplazar las máquinas que entonces existian, á condicion de percibir una tercera parte de la economia conseguida en el combustible. Esta sola condicion les bastó para obtener en breve grandes ganancias. En las minas de Chacewater, en Cornuailles, subió esta tercera parte á 600,000 francos al año.

En 1779 inventó asimismo la *máquina para copiar cartas*, que consiste en dos cilindros, entre los cuales se pasa el papel mojado aplicado sobre una hoja escrita, y obtuvo un pronto éxito. En fin fue el primero que en Inglaterra aplicó el método de Berthollet para el blanqueo con el ácido muriático.

La actividad de Watt continuó hasta el año de 1800; en el de 1808 le nombró el instituto de Francia por uno de sus ocho socios extranjeros. Habia llegado su edad de

descanso. Su vegez fue la de un hombre que conoce su mérito y recoge el fruto de sus obras.

Murió el 25 de agosto de 1819, á la edad de ochenta y cuatro años en su hacienda de Heathfield, cerca de Birmingham. Fue un hombre bajo todos aspectos asombroso; su memoria era prodigiosa, su espíritu de orden inconcebible. Sabía mucho; y su erudición era tan precisa y clara en sus palabras, como en sus pensamientos. La química, la física, la arquitectura, la medicina, y aun la jurisprudencia; las antigüedades y la música, las lenguas modernas y su literatura, todo le era familiar. Se le oyó esponer durante horas enteras los sistemas metafísicos de la Alemania, y disertar profundamente acerca de la poesía de aquella nacion.

Si se consideran los prodigios que en estos treinta años últimos se han visto con la aplicación de las máquinas de vapor, y las riquezas que por su medio se han creado, no podrá menos de admirarse tanto como respetarse el genio de Watt y la generosidad de su amigo Boulton. El gobierno inglés no ha conferido por sí mismo ningun honor á estos bienhechores de la humanidad; pero el agradecimiento nacional, aunque algo tarde, no se ha desentendido con Watt. Se le erigió por subscripción una estatua en Birmingham, y los personajes mas distinguidos de Inglaterra concurren á costear este monumento con el mayor entusiasmo.



(ESTATUA DE WATT EN BIRMINGHAM.)

NOTICIA ARTÍSTICA.

El joven profesor español *D. Federico de Madrazo* acaba de obtener de S. M. el Rey de los Franceses una medalla de oro, por premio de su magnífico cuadro de el *Gran capitán* presentado en la última esposicion de aquella capital. Con este motivo los periódicos de la misma hacen grandes elogios de nuestro distinguido compatriota ponderando en su obra el movimiento y vida de la composicion, y su hermoso colorido; cualidades ambas tan importantes del arte, y capaces cada una de ellas

de asegurar la fama del que llega á poseerlas. Sabemos por último que el Sr. Madrazo se ocupa en este momento por especial encargo de S. M. Luis Felipe, en pintar un cuadro cuyo argumento está tomado de la historia de Francia, con destino al *Museo histórico* establecido últimamente en el palacio de Versailles.

No podemos menos de felicitar á nuestro compatriota por sus halagüenos triunfos en la capital de Francia, y congratularnos al mismo tiempo como españoles, de que el arte nacional tenga en aquella ilustrada corte tan digno representante.